

NARRACIÓN COMO TEOLOGÍA SOBRE LA INFRAESTRUCTURA LINGÜÍSTICA DE LOS EVANGELIOS

Erzählung als Theologie. Zur sprachlichen Grundstruktur der Evangelien. Stimmen der Zeit, 129 (1974) 521-532

Permítasenos dirigir la atención del lector al texto de Eclesiastés 8,17-9,6 considerado como testimonio de un *problema lingüístico*: ¿qué clase de lengua utiliza? Claramente se está exponiendo un problema. Se hacen reflexiones, se comunican experiencias, se plantean comparaciones y juicios, y se sacan conclusiones. Tanto la intención como el hecho mismo lingüístico son *argumentativos*. Compárese ese texto con las frases de Ex 20, 13-17 que tiene un carácter marcadamente distinto. Estructuralmente se trata de una serie de prohibiciones. La intención del lenguaje es directa y trata de algo que atañe al hombre mismo. No se reflexiona sobre un problema, sino que se plantea una apelación a Israel, quien debe dirigir por ellas su actuación. Se trata de un lenguaje *apelativo*...

Comparemos estos dos géneros con un tercero, el famoso texto del credo histórico-salvífico de Dt 26,5-9. Evidentemente nos encontramos con un tercer tipo de lenguaje que no es argumentativo ni apelativo, sino *narrativo*. Se comunica un acontecimiento. En este caso se hace en forma de confesión. Narrativo significa sencillamente que se *transmite un acontecimiento*, no importa en qué forma.

Se podrían diferenciar muchas otras posibilidades del lenguaje. Pero para nuestro objetivo nos bastan las tres señaladas. Con los ejemplos citados, sin embargo, sólo nos hemos acercado al preludio de la auténtica cuestión: ¿en qué consiste el centro nuclear del mensaje cristiano? Para contestar habría que analizar lingüísticamente los principales textos de la fe cristiana, buscar y diferenciar sus partes argumentativas, apelativas y narrativas; establecer su estructuración interna para poder llegar a determinar qué lenguaje asume la función primaria, cuál la secundaria, etc.

Ayudémonos del texto de la carta a los romanos para determinar exactamente de qué tipo de problema se trata cuando hablamos de buscar los pasajes con función primaria.

INFRAESTRUCTURA LINGÜÍSTICA DE LA CARTA A LOS ROMANOS

Los textos argumentativos son abundantes, sobre todo en los capítulos 1-11. Tiene el estilo propio de aquel tiempo, se basa en preguntas retóricas, objeciones que el autor se plantea a sí mismo. Un ejemplo de esta estructura lingüística argumentativa la constituye Rm 3,1-8.

En el capítulo 12 cambia el lenguaje, y asumen función primaria los textos parenéticos (p. e. 12,14-16): los apelativos ocupan el lugar de los argumentativos.

¿Qué pasa con los textos narrativos? Si faltasen, o si el estilo argumentativo fuese primario, tendríamos que el mensaje cristiano, según uno de sus textos más importantes, es argumentativo.

Sin embargo, observamos que ya desde el principio se dan enclaves narrativos. Pablo comienza -lugar por tanto preeminente- con un texto en forma confesante: "Acerca de su hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el espíritu de Santidad, por su resurrección de entre los muertos" (Rm 1,3-4). Seguidamente en Rm 3,21: "Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado atestiguada por la ley y los profetas".

Este corto texto asume, a pesar de su brevedad, una función de texto-clave, como se deduce de su "pero ahora" y de su posición antitética a Rm 1,18.

También en Rm 3,25 encontramos una antigua fórmula confesante. Otros textos narrativos que hablan del obrar salvífico de Dios en Cristo: 4,25; 5,5-6; 5,8; 5,11; 6,4; 6,9; 8,3; etc.

Es claro pues: en la carta a los romanos se manifiesta el mensaje de salvación no sólo argumentativa y apelativamente, sino también narrativamente. Más aún: un detallado análisis estructural podría mostrar que los textos narrativos, aunque de menor extensión, tienen una función primaria. Así, por ejemplo, todas las explicaciones del capítulo primero sobre la justicia de Dios no son otra cosa que la explicación teológica de la afirmación narrativa de Rm 3,21.

Observaciones sobre otras cartas neotestamentarias

Semejantes observaciones se pueden hacer de todas las cartas paulinas. Así tenemos en 1Co 15 una amplia explicación de la esperanza de resurrección y del cuerpo de la resurrección. Pero Pablo deduce toda su argumentación de la confesión cristológica que coloca conscientemente al principio de la reflexión: 1Co 15,3-5: "Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce".

O sea, también aquí la narración tiene función primaria. Y así otros ejemplos, como Flp 2,5, clave del capítulo 2. Por ello podemos decir: por más que la confesión cristológica -lenguaje narrativo- ocupe un lugar menor en las cartas paulinas, constituye, sin embargo, la infraestructura de la teología paulina.

La misma estructura lingüística se encuentra en las demás cartas neotestamentarias, como Efesios, primera de Pedro, Hebreos, primera de Juan y finalmente fuera del Nuevo Testamento en las cartas de Ignacio. La base es la *confesión de un acontecimiento* y desde él se desarrollan tanto la explicación teológica como el consejo parenético. La confesión habla de que Cristo fue enviado, sufrió y murió por nosotros, fue resucitado y ascendido a los cielos. Por tanto, el núcleo y base siempre presumida de las cartas de las comunidades cristianas primitivas no es una argumentación o apelación, sino una narración.

¿Por qué tenía que ser así? ¿No podría haberse estructurado la predicación neotestamentaria en torno a un centro *apelativo*? Hay una carta en el NT, la de Santiago, que muestra qué apariencia habría podido tener un evangelio escrito así. Sin que supongamos que el autor de esta carta no haya tenido en cuenta ningún tipo de confesión de Jesús, el caso es que *de hecho* los textos confesionales no juegan papel

alguno. Más bien parece que nos encontramos aquí con partes sueltas del mensaje moral de Jesús. Un evangelio con infraestructura apelativa se habría parecido a esta carta. Para nosotros, en cambio, los evangelios son narraciones -y nos parece que no pueden ser de otra manera-. Pero, ¿no podría haber sido realmente de otra manera?

LA INFRAESTRUCTURA NARRATIVA DE LOS EVANGELIOS

Poco después de la segunda guerra mundial se encontraron 13 códices-papiro con 91 escritos gnósticos, y entre ellos el evangelio de Tomás, que comienza con las palabras "éstas son las palabras secretas que habló Jesús el *viviente*, y que escribió Dydimo judas Tomás. El dijo: Quien encuentre el sentido de estas palabras no gustará la muerte". Y siguen 114 frases (*logia*), introducidas en su mayoría con "Jesús habló", pero sin estructura narrativa alguna. Es decir, en el evangelio de Tomás nos encontramos ante una colección de palabras de Jesús, pero no con un evangelio del tipo de los cuatro canónicos que conocemos. El evangelio de Tomás nos muestra una posibilidad de cómo podrían haber sido los evangelios, según el estilo de una colección de palabras de Jesús. Hay que notar que ya en el siglo I existía una amplia colección de dichos de Jesús, lo cual hace más llamativo el que el género "evangelio" no haya asumido esta forma, sino la forma narrativa.

El evangelio más antiguo que poseemos, y probablemente el más antiguo que haya existido nunca, es el de Marcos. En él domina la narración. La historia de la Pasión es claramente el punto álgido, pero ya desde el c. 3 se camina hacia ella. Por ello se ha dicho de este evangelio que no es sino una historia de la Pasión ampliada.

Los autores de los evangelios de Mateo y Lucas tomaron y partieron de la narración de Marcos. Introdujeron las colecciones de dichos de Jesús, pero no de forma que apareciesen aislados, sino rompiéndolas en trozos y encardinándolas en la narración-base. Y todo el conjunto lo completaron con las narraciones de la "prehistoria" y de los acontecimientos de postresurrección en los que se interrumpe la narración de Marcos.

Más aguda se vuelve la cuestión cuando nos dirigimos al evangelio de Juan. Pues en ninguna parte del NT abarcan tanto espacio los discursos de Jesús, tanto que a veces parecen perder la conexión con la narración. Y en ningún otro sitio asumen una función tan propia como aquí.

Pero precisamente por ello es tan significativo el que todos los discursos estén encardinados en narraciones, y no como marco general extrínseco, sino como auténtica trabazón: hay continuos contextos de narración, largas narraciones concretas, una historia de la Pasión y la Resurrección, un firme comienzo narrativo y otro como final. El cuarto evangelio trata, pues, de un *acontecimiento*. Es un auténtico *evangelio*.

Con todo esto queda claro que en los cuatro evangelios canónicos y en la mayoría de las cartas el lenguaje narrativo es básico y determinante. Los elementos no narrativos tienen función secundaria. Los evangelios testifican ciertamente el *mensaje* de Jesús, este mensaje es incluso muy importante. Pero lo testifican en el contexto de un acontecimiento englobante que alcanza su colmen en la muerte y resurrección de Jesús.

LOS EVANGELIOS Y LA CONFESION DE JESÚS

Planteemos de nuevo la pregunta: ¿por qué tratan los evangelistas en primera línea del *acontecimiento* Cristo? ¿Por qué reprimieron la predicación de Jesús tanto que prácticamente queda reducida a una colección de dichos? La respuesta, ciñéndonos a los evangelios y cartas es sencilla: porque el mensaje original cristiano consistió desde el principio precisamente en la confesión de los hechos salvíficos de Dios en Jesús, o sea, tuvo desde un comienzo un carácter narrativo. Tanto evangelios como cartas tienen como base la confesión oral cristiana. Y en esa confesión se encontraban la muerte y resurrección como punto neurálgico, por lo que la historia de la Pasión y de los sucesos de la resurrección se han convertido en el eje de los evangelios.

Si agudizamos la pregunta: entonces, ¿es que Jesús no anunció su mensaje?, ¿a qué viene la insistencia en el estilo narrativo?, podemos sólo contestar: entre mensaje y acontecimiento no hay oposición. El mensaje predicado por Jesús se encuentra en el centro del acontecimiento: "está cerca el Reino de Dios" -es una afirmación narrativa-. Y luego, a continuación, sigue la llamada ¡convertios y creed en el mensaje de salvación! (Mc 1,15b).

A los discípulos tuvo que haberles impresionado mucho el que el acontecimiento tanto tiempo esperado, irrepetible y definitivo había llegado con Jesús. Reconocieron en Pascua ese actuar escatológico de Dios del que Jesús siempre había hablado, y que comenzó con la muerte y resurrección de Jesús. Y por ello no pudieron repetir el mensaje de Jesús sin hablar del acontecimiento: la predicación cristiana tenía que tener estructura narrativa.

Y esto tiene evidentes consecuencias para la teología: en ella se puede argumentar; pero toda forma de discurso teológico llega a un punto en el que no se puede hablar argumentativa sino narrativamente: cuando se trata del imprevisible, único e indeducible actuar de Dios.

Los evangelios como narraciones

Nos queda tan sólo por precisar una cuestión. Hemos visto la estructura narrativa de los evangelios, y la hemos designado con la palabra "narración" (*Erzählung*). Pero conviene precisar más este vocablo, pues hay muchas formas de narración, por ejemplo, la del informe (*Bericht*) histórico, tan avalada en la Biblia, y que consiste en una comunicación objetiva, detallada y a ser posible distante de los acontecimientos de que se trate. Lo llamativo es que este género no juega ningún papel en los evangelios. Es más, no podía ser de otra manera. ¿Por qué?

En primer lugar, conviene recordar lo que la didáctica bíblica conoce desde hace ya años: una narración bíblica no se basa en el reflejo exacto de los hechos por medio de conceptos precisos y adecuados, sino que se rige por el *método del objetivo*: trabajar la finalidad principal de la narración para meterla en las cabezas de los oyentes. Por ello las narraciones bíblicas no afrontan los acontecimientos en su superficie histórica, sino en su profundidad, en su significación profunda. Por ello hay que decir que una narración bíblica es en sí ya teológica.

Un informe histórico no podría abordar esta tarea, fracasaría, por ejemplo, ante la historia de la Pasión. Nos aportaría multitud de detalles como, p. e., que un tal Jesús, judío, fue condenado y ejecutado. Pero no podría nunca decir cómo en el sufrimiento de Jesús llegó el AT a su plenitud, cómo en su muerte y resurrección se condensaba toda la historia del sufrir del mundo y se transformaba en salvación.

Otra consideración: desde que se conocen y aplican los modernos métodos críticos de investigación bíblica, sabemos que las narraciones no sólo reflejan las experiencias de la comunidad, sino que además a lo largo del proceso de tradición fueron elaboradas, ampliadas, anexionadas con otras, etc. Para el historiador que se pregunta por la facticidad de los hechos, supone esto un engorro continuo. Pero viendo con detención la complicada historia del proceso narrativo podemos apreciar la enorme riqueza que implica. La continua narración de los acontecimientos bíblicos es un proceso vivo; las historias mismas no constituyen un material de información muerto, sino una *experiencia viva*, a la que se podía añadir la propia experiencia. Este complicado proceso de continuas aportaciones de experiencia sería imposible en un informe histórico, que por su naturaleza es algo cerrado. Una narración, en cambio, vive, al menos mientras sigue narrándose o puede ser narrada.

Una última observación: Lo que estilísticamente distingue a la narración del informe es su perceptibilidad inmediata. Naturalmente, ha de pagar un precio por ella: tiene que dejar elementos, escoger, estilizar sucesos complicados, simplificar y a veces incluso añadir elementos ficticios. Pero precisamente así la narración se hace vivaz, gana en color y en espacio para aquello que realmente interesa. Todo esto sólo es posible en una narración.

Y si ahora nos preguntamos por qué tiene tanto interés la narración en la perceptibilidad, no podemos contestar diciendo que se dirige a gente sencilla sin capacidad de abstracción. No, la respuesta es mucho más profunda: la narración quiere producir la *presencia de lo narrado*. Mientras que el informe histórico se ciñe a hechos pasados, la narración intenta hacer presente al oyente lo acontecido en el pasado, intenta introducir al oyente en el acontecimiento mismo.

Aquí tenemos el motivo profundo de por qué los evangelios narran: quieren introducir al oyente en lo que entonces ocurrió. Esto es clarísimo en la narración de la última cena: en la narración, la palabra se hace sacramento; y por eso es la eucaristía el lugar auténtico donde han de narrarse las cosas que Jesús hizo.

Si somos sinceros hemos de reconocer que la narración en la eucaristía está hoy enmudecida. La historia de la salvación de Dios no es narrada, sino *leída*. Nuestras propias experiencias ya no se introducen en la narración. Esto tiene muchos motivos. Pero uno es el miedo que tenemos ante la narración bíblica. Miedo de no comprenderla, miedo de que no nos comprendan nuestra propia narración. Y así tiene que ser: ¿quién podría comprender la historia de lo que Dios obra en nosotros?

Tradujo y extractó: NICOLAS POMBO LIRIA